SAN PEDRO MANRIQUE

Emplazada en las Tierras Altas de Soria, al noreste de la provincia, próxima ya a La Rioja y rodeada por las sierras del Hayedo de Enciso, la sierra de Achena y la sierra de Alcarama, se enclava la población de San Pedro Manrique, regada por el río Linares, afluente del Alhama y éste a su vez del Ebro.

Aunque el área inmediata de la ribera del Alhama consta en manos cristianas a mediados del siglo X, es probable que la tranquilidad llegase a esta zona septentrional de la provincia tras la toma de Calahorra en 1045 por el rey García de Nájera. Pese a todo, el silencio documental nos mantiene en el terreno de las conjeturas. En cualquier caso, en 1127, en un documento de venta de una propiedad por un vecino de Taniñe se certifica que, al menos desde la dominación aragonesa del solar soriano, el *Concilio de Sancto Petro*, disponía de alcalde *(alkaite)*, juez *(iudice)* y sayón *(saione)*, todos bajo la autoridad del tenente de Soria en nombre de Alfonso I, Fortún López *(dominanre Soria et Sancto Petro)*. Se desprende además de la cita la subordinación de las aldeas circundantes al poder concejil de San Pedro, aunque Gonzalo Martínez opina que no será sino bajo la batuta castellana de Alfonso VII, tras 1134, cuando San Pedro de Yanguas –tal era su antigua denominación– se constituya en cabeza de una Comunidad de Villa y Tierra, que agrupaba 25 aldeas divididas en la Villa y sus anejos, más cuatro sexmos.

Sanctum Petrum de Anguas figuraba como dote ofrecida por Castilla a Blanca de Navarra en la concertación de su matrimonio con el aún infante don Alonso, futuro Alfonso X, según se recoge en el tratado firmado en octubre de 1231 entre el rey de Navarra Teobaldo y el castellano Fernando III.

Su primitivo nombre de San Pedro de Yanguas se trastocó por el actual apellido del de su propietario ya en el siglo XV (1464). El dominio de la influyente familia de los Manrique consta ya desde el nombramiento de Diego Gómez Manrique, Adelantado mayor de Castilla, como señor de la villa de San Pedro por el rey Juan I, en 1383. En 1482, los Reyes Católicos

San Pedro Manrique, desde las ruinas de San Pedro el Viejo

otorgaron al señor de la villa, Pedro Manrique de Lara, el título de duque de Nájera. Los momentos de esplendor de la localidad, por su importancia como centro ganadero, irán parejos a los de la Mesta, y lo mismo podemos decir de su decadencia.

La presencia de los restos de un castillo, que el documento de 1796 publicado por Gervasio Manrique describe como "sin ruina y con todos sus pertrechos", y los vestigios de la cerca con cuatro puertas (hoy quedan restos de tres) que rodeaba la localidad, nos hablan de la importancia que tuvo la villa en los siglos medievales y modernos, llegando a contar con 4.000 vecinos y un área de influencia extensa entre las poblaciones del entorno, desde Oncala a Valdeprado, Armejún y Huérteles.

Eclesiásticamente, como toda esta zona norteña de la provincia, dependía del obispado de Calahorra, contando la villa con cuatro parroquias: Santa María, San Juan, San Miguel y San Martín, que tenían como filiales a las de las aldeas. De ellas, conserva vestigios románicos la de San Martín, además de las ruinas del monasterio que la tradición dice templario de San Pedro el Viejo, y ya góticas son las tristes ruinas de San Miguel.

Texto y foto: JMRM

Bibliografía

BLASCO JIMÉNEZ, M., 1909 (1995), pp. 468-470; COOPER, E., 1980-1981, I, p. 556; GONZÁLEZ GONZÁLEZ, J., 1980-1986, t. III, doc. 540; MADOZ, P., 1845-1850 (1993), pp. 187-188; MANRIQUE DE LARA, G., 1970, pp. 31-66; MARTÍNEZ DÍEZ, G., 1983, pp. 58-65; RABAL, N., 1889 (1994), pp. 478-480; RODRÍGUEZ DE LAMA, I., 1976, II, pp. 151, 283; SAN MIGUEL, M. Á. y VASCO, J. M.ª, 1999, pp. 29-43.

Iglesia de San Martín de Tours

SAN MARTÍN ESTÁ ENCLAVADA en el centro de la localidad y es la actual iglesia parroquial. Levantada en sillarejo, consta de tres naves de tres tramos cubiertos con bóvedas de lunetos, siendo obra fundamentalmente del siglo XVIII. Mantiene de época gótica la capilla mayor, cuadrada y cubierta con bóveda de terceletes, y las dos capillas laterales a ella abiertas, la de la epístola con terceletes y la septentrional, bajo el cuerpo de la torre, con bóveda de crucería simple.

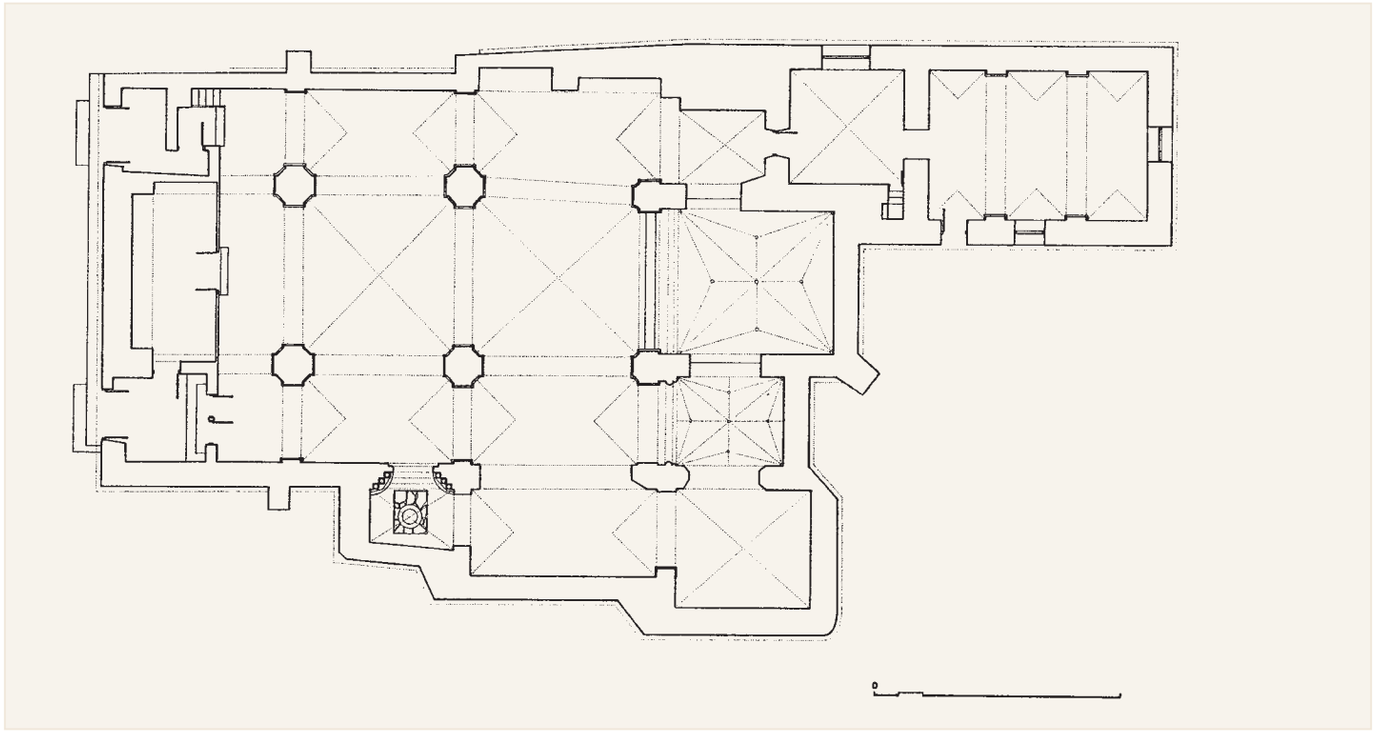
De su pasado románico sólo conserva una excepcional portada, descubierta en la segunda mitad del pasado siglo en el segundo tramo de la nave de la epístola, pues se encontraba embutida en el paramento de la fábrica barroca, formando parte del pequeño baptisterio, hecho que explica las numerosas fracturas de los capiteles.

Se compone de arco de medio punto liso sobre dos impostas decoradas con trama romboidal, y tres arquivoltas; la interna mata su arista con un chaflán ornado con bolas, la segunda con un bocelillo sogueado en algunas de las dovelas, y la tercera dos junquillos. Quedan restos, aunque muy rasurados, de la chambrana que enmarcaba el conjunto, decorada con motivos incisos de ondas y semicírculos. Apean arco y arquivoltas en jambas lisas, con tres parejas de columnas acodilladas de fustes monolíticos, que han perdido sus basas, recibiendo los cimacios que las coronan decoración de hexapétalas incisas y excisas inscritas en roleos, ruedas, rosetas y tallos vegetales con hojitas, todo de ruda talla a bisel. En uno de los cimacios aparecen grabados unos extraños caracteres de difícil interpretación.

Los capiteles del lado izquierdo muestran, de interior a exterior, en primer lugar, una cesta vegetal con hojas lanceoladas de acusada acanaladura central y muy marcados nervios, rematándose sus puntas por volutas, siendo éste el capitel mejor conservado y de más diestra factura. Le sigue una cesta decorada con una desmañada representación de una liebre atacada por un tosco felino y un ave rapaz, que picotea las patas de su presa y a la que ase con una de sus garras. En el capitel exterior, muy erosionado, alcanzamos a ver a dos personajes entrelazados, en actitud de lucha o quizá abrazados.

En el lado izquierdo de la portada vemos, en primer lugar, un capitel vegetal decorado con dos filas de hojas lanceoladas de acusados nervios que acogen bayas en sus puntas. El capitel central muestra una compleja representación historiada con seis personajillos toscamente labrados en actitudes diversas: uno parece estar sentado en el regazo de otro, otro semiacuclillado se lleva las manos a las rodillas, mientras otro, fracturado, sostiene una especie

Portada románica de San Martín



Planta

Alzado sur con sección de las capillas

Capitel vegetal de la portada

Capitel figurado de la portada

de maza. Presentan ojos almendrados y bulbosos y bocas simplemente marcadas por incisiones. El capitel externo de este lado decora su cesta con sucesión de billetes y un mascarón monstruoso en el ángulo. La talla, a veces casi a bisel, denota un arte popular y rudo, del que resulta difícil establecer su inspiración; tampoco resulta fácil establecer una cronología, que de un modo amplio debe rondar los años centrales del siglo XII.

En el baptisterio del que forma parte la portada se conserva un bello ejemplar de pila bautismal en caliza, procedente de la derruida iglesia de Valdecantos, abandonada localidad cercana a Santa Cruz de Yanguas. Su copa tiene forma semiesférica, de 88 cm de diámetro × 49 cm de altura. Decora su embocadura con un simple listel y el frente recibe una sucesión de arcos netamente ultrasemicirculares tallados a bisel. Sólo en uno de los arcos, y lamentablemente fracturada, aparece una figurilla humana sumamente tosca, en posición lateral y arrodillada. El carácter arcaizante de los arcos de herradura, inspirados por el arte mozárabe o el califal, que podría llevar esta pieza a fechas tempranas, cree-mos que es sólo un eco tardío ya dentro del siglo XII, como sucede con las pilas conquenses de Henche y Valdemeca.

Texto y fotos: JMRM - Planos: RGSP

Bibliografía

HERBOSA, V., 1999, p. 10; MANRIQUE DE LARA, G., 1970, pp. 51-52; MANRIQUE MAYOR, M.ª Á., GARCÍA ENCABO, C. y MONGE GARCÍA, J. A., 1989, t. II, pp. 80-82; MARTÍNEZ FRÍAS, J. M.ª, 1980, pp. 416-417; RABAL, N., 1889 (1994), p. 480; SAN MIGUEL, M. Á. y VASCO, J. M.ª, 1999, pp. 47-52; ZALAMA RODRÍGUEZ, M. Á., 1995, p. 119.

Capitel historiado de la portada

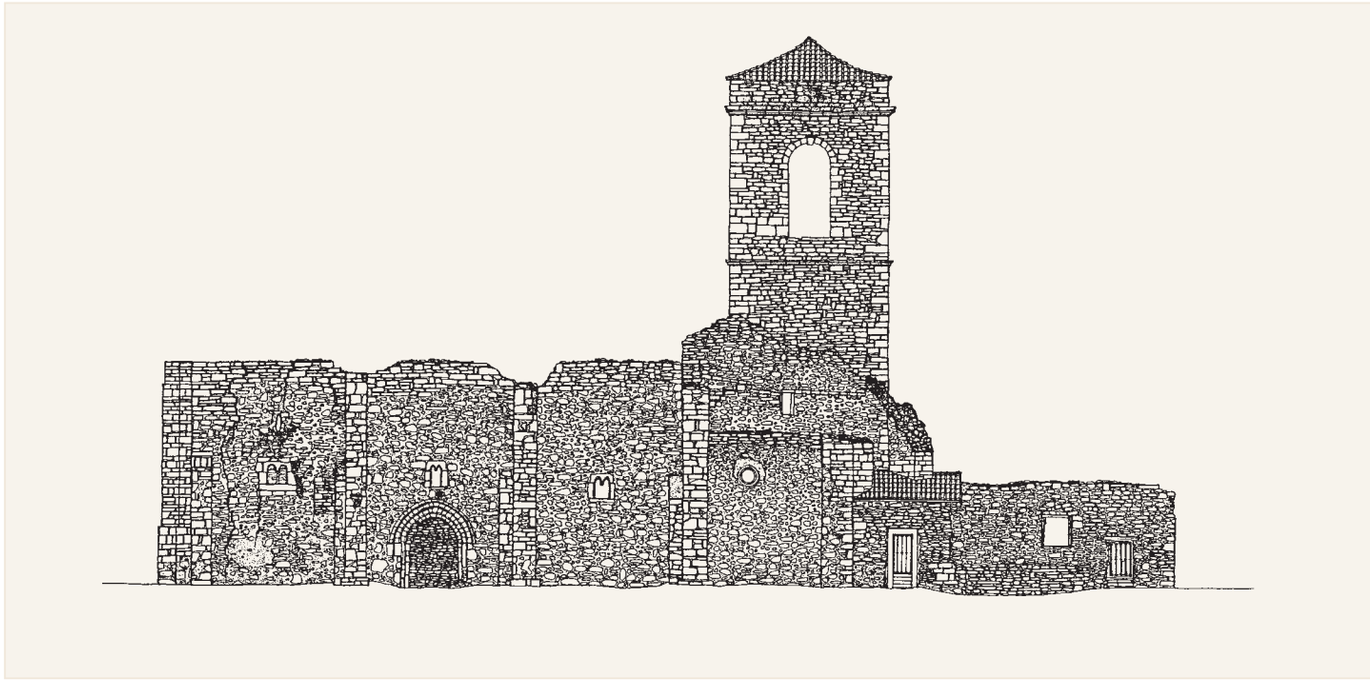
Pila bautismal, procedente de Valdecantos

Ruinas de la iglesia de San Miguel

EN LA ZONA ALTA DEL CASERÍO y extramuros del núcleo, transformado su solar en el actual cementerio de la villa, se alzan las ruinas de otra de las parroquias de San Pedro Manrique, la iglesia de San Miguel Arcángel.

San Miguel es un edificio tardogótico levantado en mampostería, con planta de dos naves de desigual longitud y anchura, divididas en tres tramos cubiertos con bóvedas de crucería con terceletes que reposan en pilares circulares, y cabeceras de testero plano. Al norte de la capilla de la nave del evangelio se alza una torre de planta cuadrada, mientras que a los pies de esa misma nave se sitúa un coro. El conjunto de esta construcción debió alzarse, según Martínez Frías, en el segundo tercio del siglo XVI, aunque reutilizando y adaptándose a la fábrica de un edificio anterior, del que mantiene vestigios especialmente evidentes en el exterior de la nave de la epístola.

En efecto, entre los dos potentes contrafuertes del tramo medio de esta nave sur, que solapan parcialmente otros de la primitiva fábrica, se abría una portada hoy cegada. Consta este acceso de un arco, parcialmente perdido, y dos arquivoltas apuntadas, todos de aristas matadas por boceles y rodeados por chambrana ornada con puntas de diamante. Sobre esta portada y en el lienzo de muro del tramo más oriental de la misma nave se abren sendas ventanitas geminadas, hoy sin mainel, de arcos apuntados, moldurados con un baquetón que se extiende a las jambas. Tanto Gaya como Martínez Frías consideran que la portada ha perdido las supuestas columnas



Alzado sur

Puerta de San Miguel y ruinas de la iglesia

Fachada meridional

Portada

acodilladas que recogían los arcos, aunque es posible que éstas no hayan existido, pues la roza en el muro invita a pensar que recaían en una simple imposta. Gaya señalaba la presencia "hasta hace poco", de los "primitivos batientes de madera con herrajes románicos muy deteriorados, pero que repetían en toda su pureza las espirales y vástagos que debieron usarse con iguales caracteres en toda la región y se conservan hoy bien en la puerta de la iglesia de Muro de Ágreda".

El carácter de lo conservado nos lleva a fijar una cronología en el primer tercio del siglo XIII para estos vestigios, dentro de ese primer gótico aún apegado a los modos románicos.

En 1946 Juan Antonio Gaya Nuño escribía que esta iglesia de San Miguel "tardará poco en desaparecer", idea que repetía José María Martínez Frías en el pormenorizado estudio que del templo realizó dentro de su estudio *El gótico en Soria*, publicado en 1980: "debido a su avanzado estado de ruina, está condenada a una no muy lejana desaparición". Aunque la solidez de la fábrica y buen trazado de sus bóvedas parecen querer rebatir tercamente este anunciado destino, el abandono y los duros inviernos sampedranos liman inexorablemente esa fortaleza, haciendo buenos los negros presagios anteriores que, si un esfuerzo de notables proporciones no lo remedia, acabarán por hacer desaparecer uno de los mejores ejemplares de la arquitectura gótica del norte de la provincia y, con él, la memoria de las gentes que construyeron sus muros y de los que entre ellos fueron bautizados, oraron, se unieron y recibieron sepultura.

Texto y fotos: JMRM - Plano: RGSP

Bibliografía

CABRÉ AGUILÓ, J., 1916, p. 114, lám. XCIV (2 y 3); ENRÍQUEZ DE SALAMANCA, C., 1986, p. 57; GAYA NUÑO, J. A., 1946, p. 230; MANRIQUE DE LARA, G., 1970, p. 59; MANRIQUE MAYOR, M.ª Á., GARCÍA ENCABO, C. y MONGE GARCÍA, J. A., 1989, t. II, pp. 83, 85; MARTÍNEZ FRÍAS, J. M.ª, 1980, pp. 390-394; PÉREZ RIOJA, A., 1892b, pp. 56; SÁINZ MAGAÑA, E., 1984a, p. 402; SAN MIGUEL, M. Á. y VASCO, J. M.ª, 1999, p. 56-57.

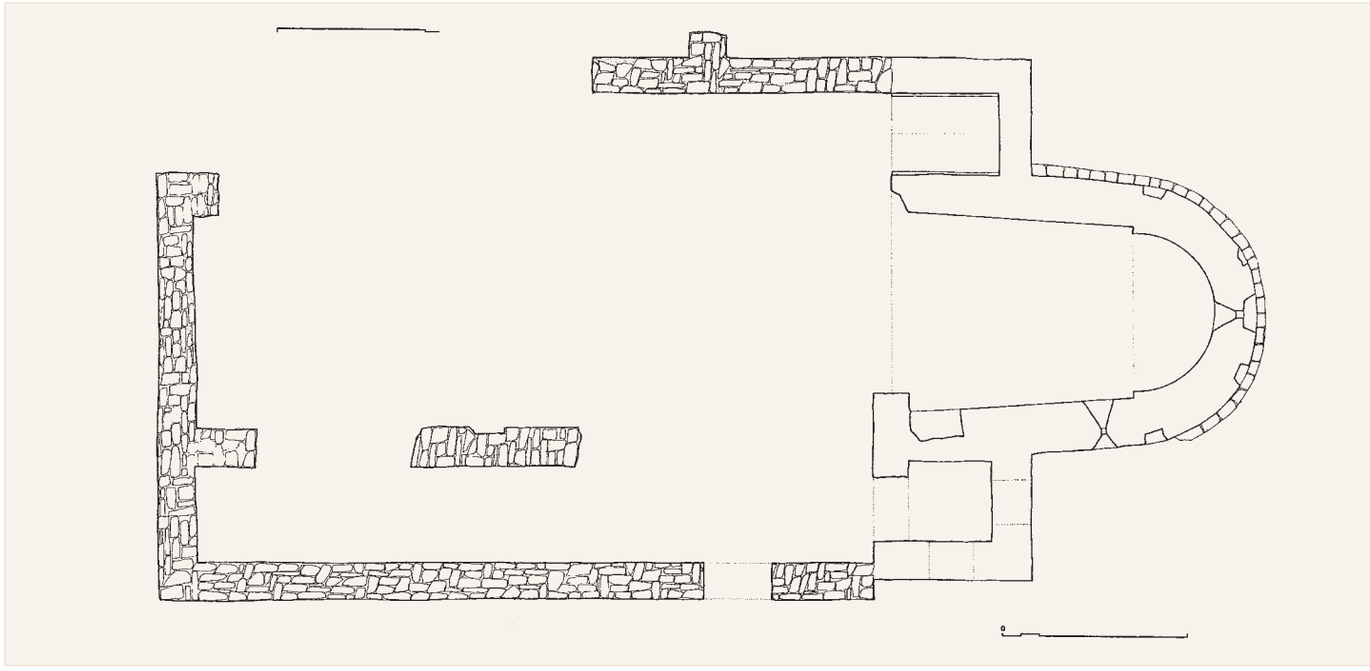
Ruinas del monasterio de San Pedro el Viejo

APROXIMADAMENTE A 1.800 m al sur de la villa de San Pedro Manrique y dominando uno de los cerros que enmarcan la localidad, tras cruzar el río Linares y junto al camino que conduce a Sarnago, se yerguen los descarnados restos de San Pedro el Viejo, imponente construcción a la que el abandono y el expolio han condenado a una desgraciadamente irremisible ruina.

La tradición, a veces aliada y otras distorsionadora de la Historia, adjudica el origen de este establecimiento monástico a la Orden Militar del Temple, adscripción que ha sido repetida en todas las publicaciones que han abordado la historia de San Pedro Manrique. Gonzalo Martínez Díez recuerda a este respecto en su estudio de la Orden del Temple en Castilla que, tras su análisis de la Villa y Tierra, "no hemos hallado el menor rastro de heredades templarias, y mucho menos una encomienda", por lo que tal asignación debe, cuando menos, ser puesta en entredicho. Gervasio Manrique afirmaba, en su artículo sobre la historia de la villa publicado en 1970, que "según referencia, [la iglesia] fue construida para cuarenta templarios, aunque la comunidad debió vivir allí poco tiempo". Sí nos consta la existencia del cenobio a inicios del siglo XIII, pues aparece en un documento de 1224: *monasterio Sancti Petri Veteris, quod est apud Sanctum Petrum de Ianguis*, aunque sin especificar el carácter de sus moradores, de los cuales nada sabemos.

Mudas las fuentes, nos quedan los vestigios, en permanente deterioro, de las edificaciones monásticas aún visibles, presididas por la iglesia románica de la segunda mitad del siglo XII. Se trata de un edificio de planta basilical y tres naves, el doble de ancha la central, el conjunto levantado en sillarejo. Las naves se cubrían con bóvedas de cañón, restando de ellas los riñones y vestigios de la imposta achaflanada sobre las que partían. De la portada abierta en el muro meridional de la nave, donde hoy sólo marca su presencia el hueco dejado al ser arrancada, de unos 2,70 m de luz, Gervasio Manrique nos informa que "voló a Nueva York. Un

San Pedro Manrique, desde el castillo. Al fondo a la izquierda se observan las ruinas de San Pedro el Viejo



Planta

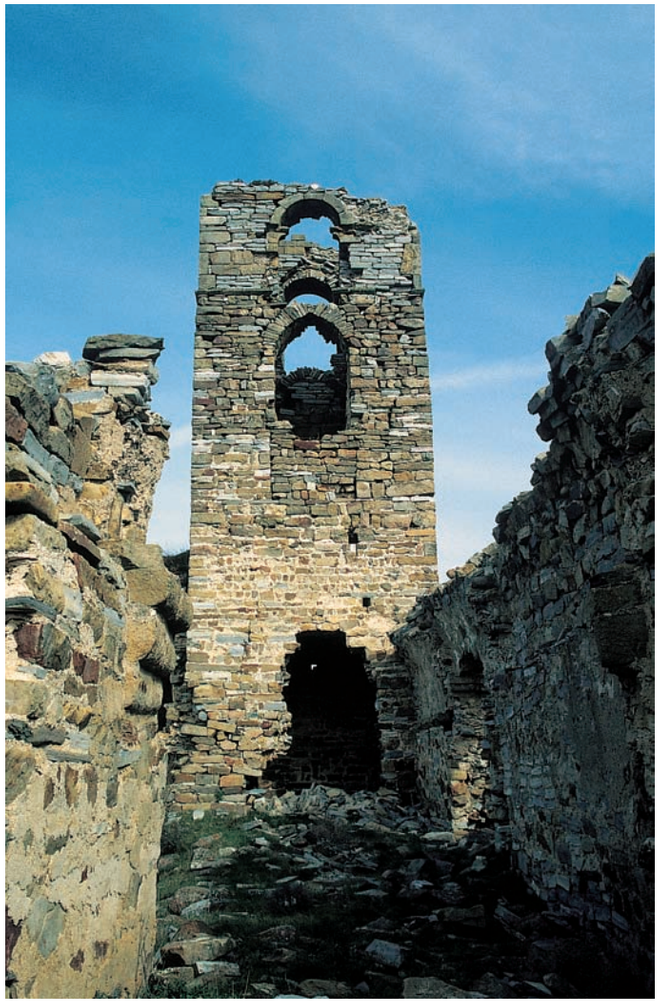
Alzado este

Vista de las ruinas desde el norte

La iglesia desde el sureste

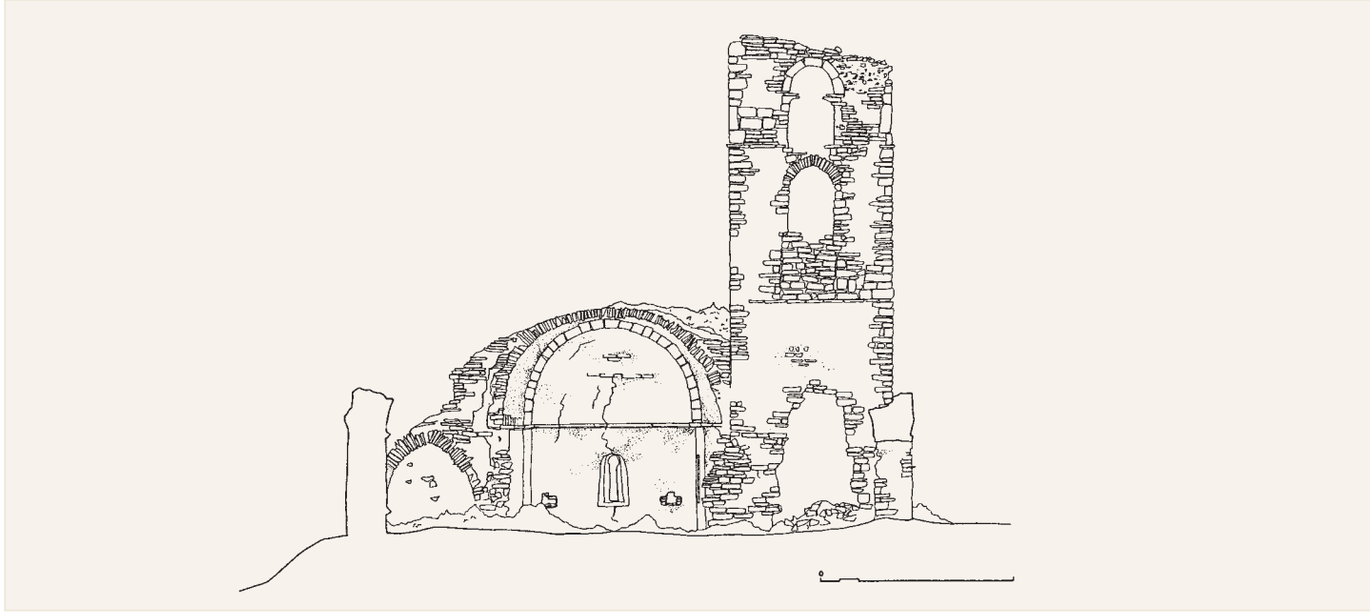
Exterior del ábside

La torre desde el fondo de la colateral sur



Sección longitudinal

Sección transversal



Cabecera y torre

Interior de la capilla mayor

buen día llegó un chamarilero extranjero, con unos camiones y, sin protestas de nadie, se llevó las piedras". Desconocemos su paradero.

Las naves se levantaron en mampostería de lajas de caliza local. La del evangelio se corona con una cabecera cuadrada, cubierta por una bóveda de cañón apuntado que parte de una imposta con perfil de bisel, a cota muy inferior a la actual de la nave, lo que nos habla de la potencia del nivel de derrumbe sobre el suelo original de ésta. La nave de la epístola, de similar estructura en planta, acoge en el espacio de la cabecera una esbelta torre de planta cuadrada, con acceso desde el interior y compuesta de basamento inferior liso y dos pisos de vanos para campanas separados por impostas de chaflán, con marcas de labra a hacha. Los vanos, uno por cara y piso y algunos cegados, se rematan con arcos, los del piso inferior levemente apuntados y lisos, mientras que los conservados del superior son de medio punto, baquetonados los de las caras oriental y septentrional. Interiormente se han perdido los forjados de madera que dividían los pisos de la torre, sólo restando en la zona alta del muro dos de las cuatro ménsulas que recogían la previsible bóveda de crucería que cerraba el superior, al estilo de la de San Miguel de Yanguas.

La cabecera de la nave central es, junto a la torre, el elemento menor conservado del conjunto. Notablemente destacada respecto a las colaterales, consta de un profundo tramo recto presbiterial cerrado con bóveda de medio cañón sobre imposta de chaflán, que se continúa en el retranqueado ábside semicircular, volteando sobre ella la bóveda de horno que la cubre. En el eje del hemiciclo se abre una saetera de medio punto, fuertemente abocinada al interior. Una credencia de destrozado arco de medio punto se abre en el muro norte del presbiterio. En el hemiciclo y muro sur del presbiterio, encalados como toda la cabecera, se adivinan trazos de pinturas murales, con escenas divididas por cenefas de motivos

geométricos en tonos ocres y azules. En concreto, junto a la ventana absidal se intuye la figura de un jinete, perfilado con trazos ocres, que alza su brazo derecho empuñando probablemente un arma contra otro caballero que se dispone frente a él, aunque esta figura está muy perdida y sólo se advierten claramente las patas de la montura. En la bóveda del presbiterio sólo alcanza a distinguirse un medallón. La parquedad de lo conservado no permite precisar la filiación de estas pinturas más allá de constatar su notable calidad y su probable carácter tardogótico o renacentista.

Al exterior, esta cabecera muestra todas las cicatrices dejadas por el expolio al que se ha visto sometida. Fruto de la codicia han desaparecido los sillares que reforzaban el sillarejo de los esquinales del presbiterio en su unión con el ábside, así como las semicolumnas que animaban el paramento exterior de éste y delimitaban tres paños en él. Alzábanse estas columnas sobre el zócalo que nivela los asientos diferenciales del muro, y su última hilada de sillería –moldurada con bocel y filete– también se ha visto privada de varias piezas. En la calle central del hemiciclo, la saetera que daba luz al altar se rodeaba de una ventana de arco de medio punto, probablemente sobre columnas acodilladas. Arco y columnas han sido sustraídos, sólo restando en el muro las impostas que coronaban sus capiteles. Del resto de edificaciones monásticas sólo quedan, en el entorno de la iglesia, informes montones de ruinas y algún retazo de muro al sur del templo.

Procedente de esta iglesia se conserva en el Museo Frederic Marès de Barcelona una excepcional talla de madera policromada de la Virgen con el Niño, de escuela burgalesa del círculo de Gil de Siloe, datada a finales del siglo XV o inicios del XVI.

Las ruinas de San Pedro el Viejo, emplazadas en un privilegiado mirador desde el que se divisa una magnífica panorámica de San Pedro Manrique, se mantienen desafiantes ante la paulatina desintegración que consume sus muros, ajenas a la amplitud o estrechez del concepto de patrimonio cultural.

Texto y fotos: JMRM - Planos: RGSP

Bibliografía

AA.VV., 1991b, n.º 248, pp. 285-286; BLASCO JIMÉNEZ, M., 1909 (1995), p. 469; BORRÁS GUALIS, G. M., 1970, pp. 187-188; CABRÉ AGUILÓ, J., 1916, p. 114, lám. XCIV/1; MANRIQUE DE LARA, G., 1970, p. 51; MANRIQUE MAYOR, M.ª Á., GARCÍA ENCABO, C. y MONGE GARCÍA, J. A., 1989, t. II, p. 85; MARTÍNEZ DÍEZ, G., 1983, pp. 62-63; MARTÍNEZ DÍEZ, G., 1993, p. 142; HERBOSA, V., 1999, pp. 10-11; RABAL, N., 1889 (1994), p. 480; RODRÍGUEZ DE LAMA, I., 1976, t. II, p. 283; SÁINZ MAGAÑA, E., 1984a, p. 402; SAN MIGUEL, M. Á. y VASCO, J. M.ª, 1999, p. 35; SORONDO, J.-L. de, 1997, p. 116.